

PROLOGO

No sería nada improbable que a los grandes detractores del padre Teilhard, aquéllos que han aprestado su piqueta contra El fenómeno humano, se les hubiera pasado por alto el hecho de que nuestro genial pensador hubiera escrito mucho antes la obra que tengo el placer de prolongar para los lectores de habla española y que, por lo tanto, el padre Teilhard fuera antes un apologeta que un filósofo. También es interesante saber que, tal como se estampa al final del presente libro, nuestro autor reafirmara con sólida expresión, dos meses antes de su muerte, sus fervorosas ideas acerca del Medio Divino.

Digo esto porque el orden cronológico tiene aquí su máxima importancia, que no debe ser desdeñada ni un ápice por aquéllos que se creen en la necesidad de apostarse en la primera esquina para intentar una especie de asalto por sorpresa contra las especulaciones científico-filosóficas del padre Teilhard, en nombre de un pretendido escamoteo por parte de éste del problema fundamental de nuestra existencia y esencia.

Es obvio, por lo que acabo de decir, que el autor de este libro fue, ante todo, un sacerdote ejemplar, perfectamente imbuido de la doctrina de Cristo, y que, como pocos, supo analizar en profundidad el significado de la religión cristiana. En ésta su edificación del Medio Divino, el padre Teilhard no olvida ni una de las más preclaras virtudes del cristiano sin refugiarse bajo las alas de ningún misticismo desafortunado. Por el contrario, sabe exaltar al máximo todos los valores humanos para ponerlos al

servicio de la adoración, buscando el camino más normal de nuestra existencia, sin necesidad de recurrir a fórmulas sólo reservadas a personas particularmente escogidas. El padre Teilhard nos dice que todo es santificable, todo cuanto Dios ha puesto en esta Tierra, incluso los dolores más acerbos, las faltas, los pecados, con tal que sean suficientemente llorados. Nuestro camino de ascensión, tanto en el orden individual como colectivo, tanto en la actualidad de nuestra evolución como en el dinamismo de los tiempos, es como un Via Crucis. Es así como el padre Teilhard nos habla de la divinización de nuestras actividades y -sin reserva alguna- de nuestras pasividades. En el orden de nuestra actuación en el Mundo, el autor nos recuerda que nuestro espíritu existe instalado sobre el andamiaje de nuestro cuerpo, que, por muy material que sea, no debe ser desdeñado como algo que sea como una especie de condenación de nosotros mismos. Él mismo nos lo advierte: "El trabajo del alga, que concentra en sus tejidos las sustancias esparcidas a dosis infinitesimales en las capas del océano; la industriosisidad de la abeja, que forma su miel libando los jugos infuso s en tantas flores, no son más que una pálida imagen de la elaboración continua que experimentan en nosotros todas las potencias del Universo para convertirse en espíritu."

Es necesario, pues, santificar el esfuerzo humano mostrándole el exacto camino de la Encarnación y de la Cruz. Veamos, en efecto: "¿En qué consiste para una criatura ser santa sino en adherirse a Dios con el máximo de su potencia? ¿Y qué es adherirse a Dios al máximo sino realizar en el mundo organizado alrededor de Cristo la función exacta, humilde o

eminente, para la cual, por naturaleza y por orden sobrenatural, está destinada?"

Pero también es necesaria considerar la debilidad humana a través de sus pasividades y convertirlas asimismo en materia divinizable. "Para los que buscan a Dios nada es bueno de manera inmediata, pero todo es susceptible de llegar a serlo."

Los párrafos que el padre Teilhard dedica a la muerte corporal son un prodigio de persuasión y de consuelo para los pobres de espíritu. No hay que temer a la Muerte -viene a decirnos- no por el hecho de despreciar la Vida, sino porque aquélla no es sino una consumación definitiva de nuestra entrega a Dios, una entrega que, si vivimos de acuerdo con su Amar, hemos empezado ya en esta vida, pero que no fructificará completamente sino en la misma fusión con el Amor de Cristo.

*Así nos prepara el padre Teilhard la entrada a la comprensión total del Medio Divina; así llegamos a penetrarnos con él de la Omnipresencia divina en todos nuestros actos y en todas nuestras disminuciones, cuyo máximo exponente es la Muerte. Por todas partes sentimos este perfume de Dios, oculto entre tantos velos, pero siempre presente. Si el padre Teilhard, en *El fenómeno humano*, se nos aparecía en la línea de Santo Tomás, aquí nos hace sentir explícita e implícitamente el eco de la voz profunda de San Pablo.*

*Pero, para quienes desconocieron este maravilloso ensayo que hoy comentamos, debemos insistir en el hecho de que, incluso en su extraordinaria y moderna concepción del destino de nuestro Universo, aun en sus elucubraciones básicamente científicas, el padre Teilhard no ha dejado nunca suelto el cabo que une el destino de los hombres al polo sobrenatural, sin el cual nada sería comprensible en este mundo. En *El fenómeno**

humano existía esta misma voz penetrante y persuasiva; pero allí, de manera deliberada, y para hacer el argumento más científico, se rehuía explícitamente la Apologética. En el presente libro, por el contrario, se exaltan las virtudes cristianas con un sentido exacto de su verdadera significación, destino y origen, pero bañándonos a todos en la fuente del consuelo y de la esperanza. El padre Teilhard nos dice de manera bien clara cómo han nacido las objeciones a nuestra Religión: el criterio que se tiene de que ésta convierte a sus creyentes en inhumanos. Por ello, el autor se afana en demostrar que el mundo es bello, que la vida vale la pena de vivirse y que por cualquier camino se puede llegar a Dios.

Las palabras que dedica el padre Teilhard a la consideración de la existencia del Infierno no pueden ser más profundamente humanas, por su dulzura y su mansedumbre: "Las Potencias del Mal, consideradas en su acción maligna, voluntaria, a medida que intenta y penetrar en mi Universo experimentan en su influencia la suerte común a toda energía creada; presos, doblegados por Vuestra energía irresistible, las tentaciones y los males se convierten en bien y excitan el fuego del Amor. El Infierno, pues, por su existencia, no destruye nada, no daña nada en el Medio Divino, sino que añade un acento, una gravedad, un relieve, una profundidad que sin él no existirían. La Cima no puede medirse de manera perfecta más que por el abismo que corona."

En el presente libro, pues, se nos presenta una completa doctrina de Jesucristo, en la que, adivinándose en el fondo el sólido fermento de los grandes apologetas de todos los tiempos, se añade una visión concreta de nuestras posiciones actuales ante el Mundo y los conocimientos que de él tenemos.

Insista, pues, en este hecho realmente importante para la época en que vivimos, época que reclama un apoyo verdadero y genuino, válido para nuestras fuerzas, contra las arenas movedizas de las angustias engendradoras de tanta agnosticismo, de tanto pesimismo o aun -y es mucha peor- de tanto indiferentismo. Con ello, el padre Teilhard suministra al hambreado creyente en el progreso y poseedor de un alma realmente bien dispuesta un instrumento que, sin perder la máxima dignidad básica e irrefutable de los principios y de las virtudes altísimas que tanto exalta nuestra Religión, está construido con los elementos actuales y se convierte con ello en algo eficaz y válido de toda validez.

Los sillares con que desde aquí abajo vamos ya construyendo la Jerusalén celeste no deben exigir, por su solidez y su dignidad, una dureza impropia de la fuente de Amor que nos inspira. Nada se opone, por el contrario, a que unan la solidez a la dulzura, a la suavidad, a la ductibilidad.

Es necesario, pues, insistir en nuestros puntos de vista. Hemos hablado de dos libros del padre Teilhard porque consideramos que ellos dos, por sí solos, constituyen las rocas fundamentales de su pensamiento ilustre. Son ellas dos obras complementarias que no pueden excluirse. Si El fenómeno humano representa esencialmente el cerebro de la construcción teilhardiana del Universo, El medio divino representa su corazón. No podemos imaginar un cuerpo sin las virtudes complementarias de la visión penetrante propia de la inteligencia y del Amor profundo que se genera en el Corazón.

Es muy posible que aquéllos que no han comprendido o que han comprendido mal el fondo de la maravillosa trama argumental que el padre Teilhard nos traza del Universo y de

su significación cara a: su destino abran los ojos a la pura realidad de sentimientos que se cobijan en la recia y dúctil trabazón de sus concepciones.

Este es, nada más y nada menos, el secreto de la obra del padre Teilhard, el secreto de su formidable atracción entre los hombres de buena voluntad, a los que el amor verdadero no puede cegar, porque el Amor

nos adapta progresiva y persuasivamente a la Luz verdadera en lugar de sumirnos en la ceguera de las tinieblas. El padre Teilhard pone certeramente su dedo en la llama: "La Humanidad visiblemente atraviesa una crisis de crecimiento. Toma consciencia, aun de manera oscura, de la que le falta y de lo que puede. Ante ella, el Universo se ilumina progresivamente como el horizonte por donde va a salir el Sol. Ella, pues, presiente y espera."

Pero este esperar no debe consistir en una deserción ante las cualidades o ante las debilidades del Mundo. Se nos exige a la vez una actividad sin tregua y una resignación. Pero ¿qué es la resignación, la verdadera resignación cristiana? ¿Se trata de una pasividad insensible y adormecedora de nuestras propias virtudes?

"Esta acusación o esta sospecha simplemente, venida del lado de aquéllos que nos' reprochan una resignación que entienden mal, es infinitamente más eficaz en estos momentos de la Humanidad que todas las objeciones procedentes de la Ciencia a de la Filosofía. Una religión que fuera juzgada inferior a nuestro ideal humano (resaltamos nosotras), fueran cuales fuesen los prodigios en las que estuviera envuelta, sería una religión perdida." Nuestra resignación, pues, no debe ser pasiva, sino activa; debe activar en nosotras nuestra potencial

de lucha contra el Mal, aprovechando las fuerzas creadoras del Mundo, al que Dios ha infuso su gracia y su majestad suprema. "Hay que luchar para que toda Mal retrograde", ésta es la frase del padre Teilhard.

Así debemos entender, con nuestro autor, las progresos individuales del Media Divina con la pureza, con la fe y con la fidelidad a nuestra obra en camino hacia Dios, aureoladas todavía con los progresos colectivos sustentadas en la caridad y en la Comunión de las Santas. Es así como venceremos las tinieblas que nos rodean en el orden del perfeccionamiento individual colectivo. Es así como combatiremos eficazmente contra las angustias de nuestra tiempo.

El padre Teilhard, muerto en 1955, ya nos acuciaba con la urgencia con que debemos obrar todos si queremos de verdad llegar a contribuir a la salvación de esta Humanidad, en tan magna crisis de crecimiento. Pero tengamos todas en cuenta la necesidad de una acción común, la precisión del análisis de lo que nos conviene en realidad. Sólo cuando todos sintamos con sinceridad y can Amar la existencia de un único polo atractivo, que nos desorbite hacia las esferas de lo sobrenatural, hacia lo que es más que cada una de nosotras y que todas nosotros juntos, sin lo cual nada tiene explicación plausible en este mundo, nos será posible hallar esta Paz que tanto anhelamos y por la que tanto sufrimos en esta ahora tan extraña soledad de nuestras encrucijadas.

M. CRUSAFONT PAIRO

Sabadell, marzo de 1959.